

Un trabajo bien hecho

No hay mayor satisfacción que la del trabajo bien hecho, llegar a casa con la satisfacción de las cosas bien hechas.

Un par de días después, los periódicos tan solo mencionaban de pasada la extraña historia de un hombre muerto en su hogar por «causas desconocidas», encontrado por el portero del edificio sentado en su sillón delante del televisor, con la puerta de la casa cerrada por dentro. Entonces, mi jefe, el Sr. Beltrán, o cualquier otra persona en su nombre, me tiró por debajo de la puerta de mi apartamento un sobre con una fotografía, una dirección y un nombre: Blanca. Y no sé si yo, quizá, comencé a sospechar por aquel entonces que las cosas ya no volverían a ser nunca como antes.

Es muy difícil ser un buen profesional. Por otra parte, las características de este trabajo te obligan a ser un tipo solitario. O eso o ser un completo canalla. Y yo ya me había cansado de mentirles a las mujeres que habían estado conmigo, de decirles que era vigilante nocturno, empleado de banca o cualquier otra cosa. Me había cansado de no poder decir: me voy a matar a ese hombre porque me pagan medio millón y me da exactamente igual qué es lo que ha hecho.

La mayoría de las veces hay una fecha de por medio: tal persona o tal otra tiene que desaparecer antes de dos, cinco o siete días. Se trata, lo más seguro, de alguien que debe asistir a un juicio, a la lectura de una herencia o a otra cosa por el estilo; en general, gente que debe desaparecer para que otros saquen mayor tajada de algún asunto en el que andan metidos. Me da igual. Solo hago mi trabajo y me voy. No me pagan por pensar ni por buscar justificaciones. Tal vez entonces no trabajaría en esto, desde luego. En el caso de Blanca no había fecha límite: tenía todo el tiempo del mundo.

Hacía años que no me encargaba de una mujer. Por lo general, casi siempre se trata de cincuentones como yo, cuyas esposas se han cansado de soportarlos y lo único que quieren es vivir tranquilas. Si no hay amor de por medio, hay dinero: gente que manda deshacerse de sus cuñados, tíos o hermanos para asegurarse más herencia o más parte en la

empresa paterna. Más trozo del pastel. Pero no me importa. Mi clave es la discreción y mi arma la sutileza. Cualquiera otra pregunta está de más. No obstante, en el caso de Blanca me permití algunas licencias.

Blanca tendría unos treinta y pocos años, una melena rubio ceniza algo ondulada (en la fotografía que yo tenía la llevaba recogida, pero nunca se la volví a ver de esa manera) y unos ojos marrones que resaltaban en una cara pálida de pómulos ligeramente sonrosados. Pasaría perfectamente del metro setenta y sus rodillas huesudas y sus gemelos ágiles mostraban el ritmo de unas piernas que habían caminado mucho. Cuando la abordé por vez primera, en un pub irlandés que había a tres o cuatro manzanas de su casa, noté un deje melancólico en sus palabras, un atisbo de olvido y soledad.

—Perdone, señorita, ¿está ocupada?

Blanca estaba sentada sola junto a una mesa, enfrente de una silla vacía que yo señalaba.

—¿Qué le hace pensar que estoy *sola*?

—El hecho de que la silla esté vacía.

—También puedo estar esperando a alguien, ¿no?

—Todos esperamos a alguien, señorita. La vida es eso, esperar.

Yo me di media vuelta y empecé a caminar hacia la barra. Pedí un vodka con tónica y lo saboreé mientras observaba de reojo a Blanca. Ella daba sorbos a una infusión, miraba a la avenida a través de la ventana y echaba largas ojeadas por el pub. A la media hora, Blanca se levantó y, cuando estuvo a mi altura, le espeté:

—Parece que no ha habido suerte, ¿eh?

—Pues la misma que has tenido tú...

Y continuó andando hacia la puerta del local. Eso que dicen de que la mejor defensa es un buen ataque nunca antes había sido tan eficaz.

Al día siguiente, Blanca fue a trabajar a un bufete de abogados y, cuando salió, estuvo tres cuartos de hora en un supermercado y luego regresó a casa. Pude haber

organizado un segundo encuentro con ella en cualquier parte, fingir un tropiezo, un choque andando por la calle, cualquier cosa, pero no lo hice. Es muy difícil hablar con la persona a la que tienes que matar, ahondar en ella, descubrir sus dudas, saber qué piensa.

Por lo general, si conozco de antemano suficientes datos, no suelo entablar conversaciones con mis «clientes». Si sé qué lugares frecuenta, qué le gusta hacer, si además tengo una copia de la llave de su casa y de su coche; si sé tanto, lo único que tengo que hacer es terminar el trabajo en la fecha indicada y desaparecer por unos días. Cuando no tengo nada, debo conocer a la persona. Cuando se trata de hombres es sencillo: se le emborracha un poco y son capaces de contarte la vida privada de su abuela en el pueblo y que de pequeño las niñas de la escuela se burlaban de él porque un día se quedó en calzoncillos jugando en el recreo. Con las mujeres es diferente: hay que profundizar más. No consiste tanto en saber por qué alguien quiere verla muerta sino en conocerlo todo sobre ella para que el trabajo resulte más sencillo.

Volví a hablar con Blanca el fin de semana siguiente, en el mismo irlandés. Ella llegaría en pocos minutos y yo apuraba en la barra mi vodka con tónica para que pareciera que llevaba allí como una media hora. Entró acompañada de un par de chicas y fue ella la que se acercó a mí.

—¿Qué? ¿Hoy te toca a ti esperar, no?

—Todos merecemos una segunda oportunidad —contesté.

—¿Tú has tenido una primera?

Las otras dos chicas ya se habían sentado al fondo del pub. De pronto, se produjo entre Blanca y yo uno de esos aterradores silencios que asaltan las conversaciones de los desconocidos. Yo miraba los cubitos de hielo deshacerse en el vaso y ella hacía un barrido por el local.

—Bueno... voy con mis amigas... —dijo finalmente.

—De acuerdo... Yo seguiré aquí con mi *vodka-tonic*...

—¿Te gusta ponerte siempre en el mismo sitio?

—Sí —respondí—. Así, si me caigo, se darán cuenta...

Ella rió mi gracia y fue a sentarse con sus amigas. Cuando me terminé la copa, cerciorado de que al menos el cine de Sofia Coppola no le gustaba, salí sin despedirme de nadie y el viernes siguiente organicé otro encuentro en el supermercado. Absurdamente colocado frente a los estantes de las salsas y los condimentos, aguardaba la llegada de Blanca.

—¿Hola? —musitó ella, mientras me tocaba el hombro.

—Eh... —dije yo, girándome—. Buenas... Como ves, a veces salgo del bar...

Ella sonrió y miró el bote que yo tenía entre las manos.

—¿Salsa de champiñones y coliflor?

—Sí... Es una de las pegas que tiene el estar soltero...

—Ya...

Bajé la vista hacia su cesta y descubrí varias botellas de licor, algunas latas de conserva y bolsas de patatas fritas.

—Parece que tú te lo montas mejor... —dije.

—¡Ah, no...! Doy una especie de fiesta en mi casa... esta noche. Si quieres pasarte... Así te evitarás comer tallarines en salsa de champiñones y coliflor...

—¿Una fiesta? ¿Y qué se celebra?

—Lo que sea... Ganas de juntarnos los amigos de vez en cuando.

Me dio la dirección de su casa, la misma dirección que yo tenía anotada al dorso de su fotografía. No le prometí nada y quedamos en que tal vez me pasaría por su fiesta. Entonces me preguntó mi nombre. Se lo dije y ella respondió:

—Yo soy Blanca.

Nunca un simple nombre había significado tanto...

Lo primero que aprendes en este trabajo es a no ponerte la pistola como lo has visto en todas las películas: dentro del pantalón. Un disparo en la ingle es mortal. Por mi parte, hace tiempo que dejé de usar la pistola, cambiada por un poético empleo del cuchillo, arma que obliga a un contacto pleno con el «cliente».

Esa misma noche aparecí en casa de Blanca con el cuchillo en su funda al fondo del bolsillo de la chaqueta. Serían las once y media de la noche, la hora en la que yo intuía

que la fiesta habría pasado de los canapés y los montaditos a los chupitos y los cubatas. Al abrir la puerta, Blanca me miró con sorpresa.

—¡Has venido!

—Bueno... dije que me pasaría, ¿no?

Lucía un vestido blanco de tirantes que mostraba sin reparos unas piernas lisas y le perfilaba las sombras chinescas de su cintura. Ligeramente maquillada, Blanca conservaba aún el halo misterioso de las mujeres hermosas que todavía andan solteras por la vida.

—Un vodka con tónica, ¿verdad?

—Exacto...

Después de las presentaciones, expliqué que era escritor en crisis («¿escritor?»), preguntó una de sus amigas).

—Bueno —dije yo—, la verdad es que nunca he publicado nada importante. Malvivo haciendo reseñas para revistas y cursos para otros escritores en crisis como yo...

Tal vez fueron las copas de más, o que poco a poco los invitados se marcharan con un «encantado» y «hasta la próxima», o quizá fuera esa extraña atracción de los polos opuestos, esa soledad compartida que ambos sentíamos como nuestra. No lo sé. El caso es que hacia la una y media de la noche, más o menos, ella o yo, no recuerdo, nos lanzamos hacia los labios del otro, provocando que la última gota terminara por derramar el contenido del vaso.

Hacía muchísimo tiempo que no despertaba junto a una mujer. Es una sensación que casi había olvidado. Girar la cabeza y verla allí mismo, a tu lado, tan cerca pero tan lejos, inclinada hacia ti, con su mano acariciándote el pecho. Tú la miras dormir, pasas una mano por su frente, apartándole algunos cabellos, y la besas en la cara. Ella despierta. Blanca despertó. Había pasado una semana desde la fiesta y yo casi me había instalado en su casa. Los ojos de Blanca miraron los míos, pero sobre todo miraron más allá, mucho más allá de mis propios ojos. Blanca suspiró profundamente, tragó saliva y dijo:

—Nunca me había sentido igual... Nunca...

Y yo tampoco.

—Te parecerá una locura lo que voy a decirte, pero confío en que no... Hay alguien que me quiere matar.

—¿Cómo?

—Sí... Lo que he dicho. Hay alguien que quiere verme muerta.

—Pero... ¿quién?

—No sé... no lo sé...

¿Y si Blanca sospechaba que yo trataba de matarla? ¿Se había dado cuenta? ¿Me había descubierto con aquella patraña del día en que la conocí? ¿Alguien se lo había dicho? Si era así, ¿quién?

—Tranquila, Blanca... —dije yo abrazándola—. Mientras esté aquí, no te pasará nada, ¿entiendes?, no te pasará nada...

Y en ese mismo momento me di cuenta de lo que acababa de decir.

Tres semanas después, cuando Blanca y yo vivíamos a caballo entre nuestras casas, un nuevo sobre volvió a deslizarse por debajo de la puerta de mi apartamento, un sobre con la fotografía de Blanca, su dirección y su nombre. Había olvidado por completo mi trabajo, había olvidado que tenía una tarea que realizar, una tarea que cada mañana, al despertar junto a ella, tenía menos ganas de cumplir. Blanca era maravillosa, una mujer especial, dulce y con ese toque de enfado siempre en la mirada, siempre atenta a todo. No me imaginaba quién pudiera matarla, quién deseara en algún momento acabar con su vida. Desde que me lo contó aquella mañana, todavía vivo en nuestras mentes el fragor de nuestros cuerpos agitándose, Blanca y yo no volvimos a hablar nunca más del tema.

Sin embargo, yo la veía llorar, a solas. A veces regresaba a casa de hacer la compra y me la encontraba tumbada en la cama, pensando cuándo y cómo la matarían, pensando un por qué. ¿Se lo tendría que decir? ¿Debería confesar y decirle que yo era el encargado de matarla? ¿Y que era incapaz de hacerlo porque... sí, porque la quería? No. Sería terminar con todo de golpe. O tal vez no. Quizá ella comprendiera mi posición, mi elección de no cumplir mi tarea. Tenía suficiente dinero como para desaparecer toda la vida, como para empezar juntos una nueva vida donde fuese.

Desde entonces, el ausente era yo.

—¿Qué te ocurre? —decía ella.

Blanca vivía en la incertidumbre de saber una muerte próxima y estar acompañada de alguien que, la mayoría de las veces, la ignoraba, absorto como estaba yo entre las dudas de cumplir mi labor o confesarlo todo.

—Por Dios, cariño... No puedo seguir así. Te quiero con toda mi alma y me consumo de verte de esta manera, de verte sufriendo cada día y cada noche. ¿Qué he hecho? Dímelo. Dime qué he hecho, porque tú no has hecho nada. Tú sólo viniste para comprenderme, para escucharme... Y yo... yo he sido una carga para ti. Te quiero. No puedo quererte más aunque quiera. He llegado al límite. Necesito saber qué te ocurre, qué sientes, qué piensas... ¿Me quieres? Sí, claro que me quieres. Lo noto en tus ojos, en tu cuerpo cuando me abrazas. No puedes querermé más. Así que dime qué ocurre... ¿Quieres que me vaya de casa? ¿Quieres que te deje solo? ¿Cuánto? El tiempo que tú quieras...

—No, Blanca... —dije yo—. Espera... Hace unos meses me contrataron para acabar con tu vida, pero desde el primer momento en que te vi no pude hacerlo, ¿entiendes? No puedo quererte más de lo que ya te quiero y, al mismo tiempo, tampoco puedo seguir con esto...

Blanca se quedó muda, mirándome desde la puerta abierta de la casa. La empujó y, mientras la puerta se iba cerrando lentamente, ella se acercó a mí.

—Cariño... haz lo que tengas que hacer...

Y en ese preciso instante, la puerta se cerró.